

Delirios de amor



Janette Vanegas

Delirios de amor

Janette Vanegas

Autora: Janette Vanegas, 2024, Estados Unidos.

Edición y corrección de estilo: Jenny Guerrero

Diseño y maquetación: Francys Álvarez

Ilustración para carátula: Henry Molina

Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción por cualquier medio
óptico, electrónico o digital sin la autorización de
su autora.

Índice

Prólogo	4
I. Acorralada por sus miedos.....	10
II. El amante invisible	15
III. El caballero inesperado.....	22
IV. Un nuevo comienzo.....	33
V. Incertidumbre	42
VI. El encuentro fortuito con la verdad.....	49
VII. Amantes de otros tiempos	61
VIII. Mirando por la ventana.....	67
IX. El diario de Nohelia	71
X. Por siempre mi amante invisible	78

Prólogo

*No se puede escribir en clave perfectamente realista
sin ningún salto en lo insólito.*
Julio Cortázar

Janette Vanegas, es una escritora nicaragüense que nació en plena efervescencia de los años 60. En la década de los 90 emigró a Estados Unidos, donde reside actualmente en Lakeland (Florida). Ella, es un ejemplo de la mujer latina que no se deja amilanar por las adversidades, y, bajo la égida de la fe, la perseverancia y el arduo trabajo, alcanza todas las metas que se propone.

Sus escritos son una especie de catarsis para conjurar todos sus miedos, vivencias traumáticas y fracasos; buscando siempre la

manera de dejar un eco esperanzador en sus variadas producciones. Por eso plasma sus experiencias más íntimas con la intención de ayudar a otras personas que estén pasando por momentos o situaciones similares a las que ella vivió, y las anima con sus palabras a que persigan sus más anhelados sueños, aunque parezcan imposibles.

Janette Vanegas, aparece como una voz femenina y sutil que se está haciendo sentir en el campo de la literatura hispanoparlante y anglosajona con sus tres libros publicados, intitulados: *Sobreviví bajo la sombra del Altísimo* (2021), *La valiente princesa Jane* (2022) y *Consejos para amar la vida* (2022).

En *Delirios de amor*, su más reciente creación, Vanegas incursiona en el relato novelado ficcional, que, sin embargo, puede tener profundas conexiones con situaciones reales y reflejar las desdichas y peripecias de la mujer latinoamericana o de cualquier parte del mundo, pues, en esta narración la autora no

toma sus vivencias personales como referencias directas para escribir.

Incluso, esta mininovela puede entretener, pero no es equiparable del todo con la típica “novela rosa”, puesto que, a medida que se avanza en la lectura y se entra en el meollo de la trama, el lector, inmerso en la atmósfera del conflicto, se da cuenta de que el mensaje aleccionador emerge entre líneas para dejarlo gratamente sorprendido y reconciliado con su existencia.

No obstante, Vanegas presenta los hechos con un lenguaje franco y a pesar de plasmar fuertes dramas, ella se inclina por el optimismo, puesto que los problemas de la vida cotidiana, tales como, la violencia intrafamiliar, la pobreza material, el abandono, las enfermedades mentales; se muestran y resuelven de la mejor manera porque los personajes encuentran el camino de la superación y se lo señalan a las personas que sienten o padecen las mismas calamidades; y

así, el panorama, que por momentos se va tornando oscuro, vuelve a reflejar una luz al final del túnel.

En *Delirios de amor* la narración se enfoca en un personaje femenino, llamado Nohelia que ha tenido que lidiar con carencias afectivas y económicas desde muy pequeña, situaciones que dejan una gran mella en su corazón. No obstante, esta heroína de la vida diaria pasa de mirar las cosas bajo el tamiz de la tristeza a tomar las riendas de su destino para enfrentar sus más recónditos miedos. Solitaria y retraída experimenta múltiples maltratos físicos y psicológicos a lo largo de su existencia. De allí que la necesidad de encontrar el amor incondicional en una pareja se convierta en una idea fija y en un sueño por realizar, pues constantemente imagina a un caballero ideal que se materializa en la figura de Felipe Montenegro y se difumina en la sombra de William Larrizon, es decir, ambos hombres aparecen, desaparecen y se complementan

como las dos caras de una misma moneda. Aquí, el lector tiene la tarea de descifrar quién de ellos es realmente su amante invisible, quién es su amor eterno, pues ambos son productos de sus delirios de amor.

En esta mininovela, resulta interesante ser testigos de cómo la vida de Nohelia toma un giro inesperado en el momento en que extraños sucesos comienzan a desencadenarse cuando, en medio de la rutina del trabajo nocturno, escucha una voz seductora que la va envolviendo y llevando por senderos insospechados. Esta mujer va experimentando eventos un tanto mágicos y misteriosos, que al principio la confunden, pero que al final comprende, porque los acontecimientos empiezan a cobrar todo el sentido. Además, reconoce que no hay nada mejor en la vida que el perdón a nuestros semejantes, el atender la salud mental y, el hallazgo del amor verdadero, que se manifiesta siempre como un destello místico del amor Divino.

Finalmente, es destacable la labor que desempeña Janette Venegas, ya que este relato tiene la capacidad de atrapar inmediatamente la atención del lector, y su estructura, que no necesariamente obedece a ningún orden preestablecido, permite que los capítulos puedan leerse de manera independiente sin que la historia pierda consistencia ni intensidad; o también, se puede seguir la secuencia numérica de principio a fin. En todo caso, el hilo conductor que concatena los hechos mantiene siempre el foco puesto sobre el argumento principal, donde se narran los delirios de amor de Nohelia, los encuentros fortuitos y atemporales entre dos amantes, que nos impactan, regocijan y aleccionan a la vez.

Jenny Guerrero



I

*Acorralada por
sus miedos*

Nohelia era una joven callada y tímida, siempre estaba sola no hablaba con nadie ni despertaba interés, siempre procuraba pasar desapercibida. Era bonita, de suaves facciones, cabello castaño que le llegaba abajo de la cintura, contextura media y ojos color miel. Le gustaba escuchar música clásica y amaba la música romántica, algo curioso porque tenía su corazón hecho pedazos. Soñaba día tras día con encontrar un verdadero amor, un hombre que la quisiera con todas sus virtudes y defectos, que la tratara con respeto, admiración, que la deseara con pasión y la amara incondicionalmente. Pero esto nunca ocurría. Ella sufría en silencio, se hacía cada día más introvertida y los complejos la atormentaban, porque el amor ideal y hermoso que anhelaba nunca llegaba a tocar su puerta. Sufría de un terrible insomnio que intentaba mitigar leyendo novelas, viejos poetas y escribiendo poemas de amor y dibujando corazones como si fuera una niña soñadora.

No le gustaba hablar de su niñez, cuando le preguntaban sobre su infancia evadía las preguntas y volteaba la mirada. Sus ojos y actitud revelaban un pasado lleno de cicatrices emocionales que la dejó marcada de por vida. Ese pasado, de una infancia signada por la pobreza en una familia muy numerosa que la obligó a ir a la calle a trabajar, fue poco a poco anulando su alegría. Creció llena de miedo, angustia y ansiedad porque tristemente fue víctima de la violencia dentro de su hogar pues la trataban a gritos y muchas veces a golpes. Por esta razón, a los catorce años decidió huir de su casa, e irse muy lejos.

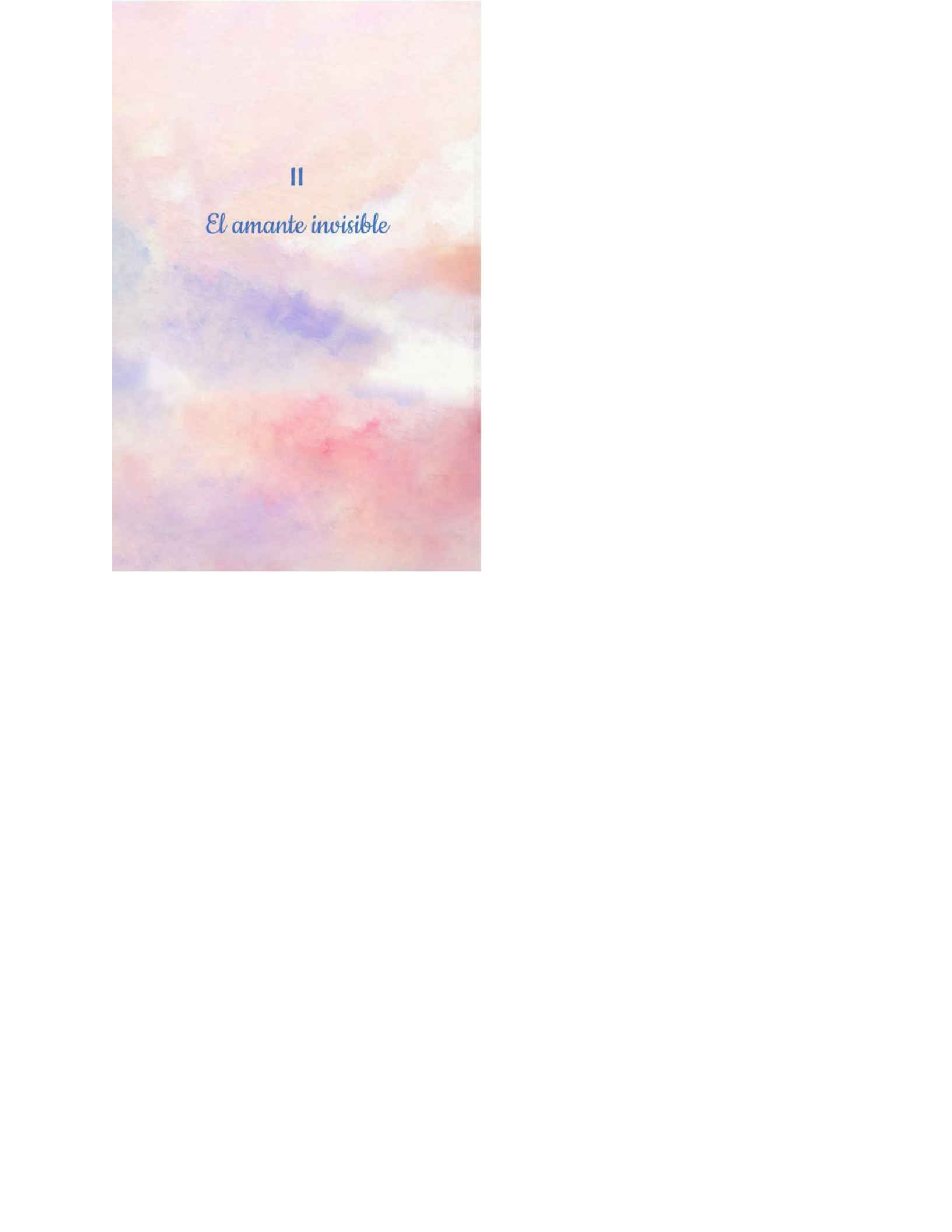
Nohelia no tenía amigas, le costaba interactuar con las personas, sin embargo, conoció a un joven en su colegio con el que logró conectar y entablar una relación, así comenzaron un noviazgo y se enamoró perdidamente del chico. Al principio fue maravilloso, olvidó por algún tiempo su pasado y se sintió normal y feliz; pero al pasar

un año, la relación se fue deteriorando y todo se derrumbó. Después de esto, volvió a encontrarse deprimida, a sentirse abandonada y perdió toda esperanza de volver a ser amada.

Por mucho tiempo no volvió a sonreír y la tristeza la fue consumiendo poco a poco hasta perder las ganas de vivir. Al cerrar los ojos aparecían las pesadillas que la atormentaban impidiendo que lograra descansar y recuperar fuerzas, por lo que despertar cada día era terrible, el cansancio agobiante del día a día la asfixiaba lentamente. Se sentía demasiado sola y comenzó a desesperarse por encontrar una pareja, hasta el punto de volverse prácticamente una obsesión. Es así como al poco tiempo conoció a un hombre y de inmediato decidió casarse. Ella lo mantuvo a su lado y le aguantaba todos sus desplantes con tal de no quedarse sola, pues pensaba que todo era mejor si estaba con alguien.

Luego de dos años de un matrimonio muy infeliz, quedó embarazada y pudo

experimentar la maternidad, esto significó un cambio radical en su modo de percibir el mundo. Su hijo le mostró otra perspectiva de la vida, lo que representaba el amor incondicional, la bondad, el cariño y el querer cuidar a alguien más que a sí mismo. Le hizo darse cuenta de que no valía la pena aguantar dolor por alguien que no te ama de verdad y que lo único importante era su bienestar y el de su hijo. Es así como en un frío invierno decidió poner fin a su matrimonio y buscó un abogado para gestionar su divorcio, pero su esposo no quería divorciarse pese a que tampoco era feliz, él tenía el orgullo herido y lleno de inseguridad y rabia por pensar que Nohelia lo estaba dejando por otro, decidió pelear por la custodia del niño, alegando la incapacidad psicológica de la madre y su falta de recursos para cuidarlo. Esto significó para ella una sensación de pérdida muy fuerte y una herida en el corazón demasiado profunda.



II

El amante invisible

*Mi alma quiere dejar su crisálida
y volar hacia ti, y tus labios de fuego besar;
y flotar en el nimbo que derrama en
tu frente luz pálida, y en siderales éxtasis
no dejarte un momento de Amar.*
Rubén Darío.

Nohelia quedó devastada luego de haber perdido la custodia de su hijo, por eso decidió irse lejos, empezar de cero e intentar recuperar el control de su vida. Se fue a otra ciudad y al poco tiempo comenzó a trabajar en una fábrica, en una línea de producción; un trabajo mecánico que poco tiempo le dejaba para pensar, sin embargo, para ella era ideal, ya que mientras más ocupada estaba, los pensamientos negativos no la atormentaban, es así como comenzó a trabajar horas extras y a quedarse hasta altas horas de la noche trabajando en la

fábrica, pues de esa forma hacía algo con el insomnio que tanto la atormentaba.

Una de esas noches comenzó a escuchar una voz, trató de ignorarla, pero esta poco a poco se tornó más clara y alcanzó a distinguir que era una voz masculina que le decía:

— Te he estado observando por mucho tiempo y me impactó tu belleza, eres muy hermosa, sé que detrás de esa mirada triste hay un misterio y una sensualidad que me atrae muchísimo.

Nohelia se asustó e intentó ubicar de dónde provenía esa voz, pero era imposible saberlo. Se sentía hipnotizada, la voz le susurraba al oído una y otra vez palabras hermosas. Ella cerraba los ojos para escucharlas con detenimiento, pues eran tan dulces que la seducían, se sabía vulnerable por haber pasado tanto tiempo sin sentirse amada, no quería creer en los hombres, pero esa voz tan masculina con ese tono tan sugestivo la atraía de manera irresistible. Cada vez que ella se quedaba sola en la oficina para adelantar

trabajo, escuchaba esa voz, así que buscaba excusas para prolongar sus estancias en la fábrica.

Una noche llegó a su apartamento cansada, pero feliz, por haber conversado con ese hombre al que nunca veía, deseaba con mucha intensidad poder verlo, y para tratar de relajarse tomó un largo baño, sin embargo, seguía pensando con intensidad en ese hombre, lo imaginaba de ojos negros y mirada profunda, barba poblada y cabello negro algo ensortijado, también imaginaba su sonrisa y su cuerpo. De pronto percibió que ese hombre la besaba y después de mucho tiempo se sintió excitada.

Como estaba muy cansada se vistió y se fue a su habitación para leer una novela que le gustaba mucho y que narraba un tórrido romance, poco a poco estaba dejándose llevar por el sueño, pero de repente cuando estaba a punto de dormirse, escuchó un ruido y la cortina de la ventana comenzó a moverse y por

un momento sintió miedo —¿Qué me está pasando? — se preguntó. —¡Estoy delirando!— Cerró los ojos con la intención de obligarse a dormir, sin embargo, no pudo porque escuchó aquella voz sublime que le decía: — Estoy aquí, he venido a verte hermosa Nohelia. — Ella quedó paralizada, no sabía cómo reaccionar. En su mente formulaba preguntas como: ¿quién eres?, ¿por qué estás aquí?, ¿cómo entraste?, pero no podía pronunciar las palabras, su boca permanecía cerrada y muda. Aun así, no quería que se fuera. Esto ocurrió noche tras noche, hasta que el miedo desapareció y se tornó en deseo irresistible.

Ella anhelaba las visitas nocturnas que ocurrían cada noche a la misma hora, a la una de la madrugada, así que procuraba estar ya en su cama para esperarlo, él se convirtió en su amante invisible. Sus visitas eran cada vez más largas, más sensuales y la transportaban a otra dimensión. A un mundo de fantasías, un lugar donde por primera vez ella se sentía como

princesa, él la complacía en todos los sentidos. Pasaban horas hablando y se entendían muy bien, sus conversaciones eran emocionantes y satisfactorias. La química sexual entre ellos era increíble, pues, aunque no podía verlo, su amante llenaba todas sus expectativas y podía llevarla a extremos de placer que nunca antes había sentido.

Nohelia vivía sola, estaba por cumplir 40 años, no contaba con nadie, no tenía familia ni amigos, ni siquiera compañeros de trabajo con los que pudiera compartir. En ocasiones la invitaban a salir, pero su respuesta siempre era negativa. Huraña y solitaria vivía solo para trabajar y ahora para esperar las visitas nocturnas de su amante invisible. Tenía a su hijo, a quien veía únicamente en Navidad y *Thanksgiving* y con el cual se comunicaba algunas veces por teléfono. Su hijo, aun cuando no pudo compartir mucho con él, era su orgullo, pues era un destacado estudiante de medicina con excelentes calificaciones.

Representaba su única razón para seguir adelante, pero él tenía su vida y ocupaciones propias y no tenía tiempo para dedicarle a su madre, quien al fin y al cabo tampoco estuvo muy presente en su crecimiento.



III

El caballero inesperado

*Me gusta pensar que las personas especiales
Que llegan a nuestra vida para amarnos y para amarles.
Ya han estado con nosotros antes, en otras eras,
En otros tiempos, en otros cuerpos y que la unión entre
las almas es tan fuerte que en esta y en mil vidas más
las seguiremos encontrando para gozarles.*
Wüicho Villegas.

Una tarde alguien tocó a su puerta, ella se inquietó y no quería abrir, al fin y al cabo, nadie la visitaba, pero el timbre sonaba insistentemente hasta que decidió ir a ver de quién se trataba. Al otro lado de la puerta estaba parado un hombre alto muy elegante, de pelo negro con una barba que mostraba algunas canas, muy bien cuidada y muy elegante, su mirada era gentil y se mostraba un tanto nervioso. Se podía percibir que no acostumbraba a aparecerse en la casa de cualquier extraña. Se presentó como William

Larrizon; y ella quedó impresionada de su elegancia y forma de hablar, le preguntó qué deseaba y cuál era el motivo de su visita, él la miró fijamente a los ojos y le dijo que le gustaría invitarla a tomar un café y conocerla más, ella un poco sorprendida le preguntó: — ¿de dónde me conoces?, ¿cómo sabes en dónde vivo? — A lo que él respondió que había recibido una carta en la cual decía cosas maravillosas sobre ella y aparecía su dirección. Nohelia se alarmó al pensar cómo era esto posible, si ella no hablaba con nadie ni tenía amistades; podría tratarse de un criminal. Pero al mismo tiempo, ese hombre no tenía pinta de ser malo, todo lo contrario, era muy atractivo y educado, por lo que las dudas y curiosidad la invadían cada vez más. Finalmente, le preguntó al hombre ¿quién había enviado dicha carta?, él respondió que eso era lo más asombroso, la carta no tenía remitente, solo estaba dirigida a su persona.

Ella sobresaltada y llena de angustia lo interrumpió diciendo: —Lo siento, pero no puedo salir con extraños, desde hace siete años no he salido con nadie—. Él le preguntó si podía pasar y luego ir a cenar juntos. Ella le respondió negativamente y con voz firme que no salía nunca de noche, pero aquel hombre sacó de su cartera una tarjeta y se la dio y le dijo que lo pensara y si se decidía lo llamara. Ella respondió: —No sé nada de ti, quién eres ni de donde saliste—. Él respondió que por esa razón debía aceptar su invitación, para que pudieran conocerse. Ella tomó la tarjeta y le prometió que lo pensaría, pero le rogó que se fuera en ese momento. Él dejó de insistir, sonrió y le guiñó un ojo, diciéndole: —Hasta luego preciosa—. Cuando ella cerró la puerta, estaba muy sorprendida, nunca nadie le había hablado así, sólo su amor invisible.

Era una cálida noche del viernes y había tenido un día muy pesado en su trabajo, aunado a esa visita tan curiosa se sentía agitada y

confundida. Decidió pasar la página, continuar con su rutina y dejó la tarjeta que el hombre le entregó sobre un mesón en la cocina sin prestarle mayor atención. Como era costumbre, primero cenó algo ligero, luego se dio una larga ducha y se fue a su habitación. En lo único que ella quería pensar era en la visita nocturna de su amante invisible. Ya no existía en su compañía ni el miedo ni la duda, sentía que era su complemento y alguien a quien podía confiarle su cuerpo y su corazón, paradójicamente, aunque no supiera qué era en realidad ni pudiera verlo.

Nohelia estaba inquieta, eran las 12:55 pm y pensaba en esa extraña visita del hombre apuesto y elegante. Dieron la una de la madrugada y su amado del más allá no llegaba. Nerviosa se hizo la dormida para ver si de esa manera él aparecía y nada, todo era igual, nadie le hablaba, ni sentía su presencia en la habitación.

De pronto se sintió sola y entristecida. Extrañaba su voz susurrándole al oído:

— Estoy aquí princesa—, como solía decirle y las lágrimas brotaron de sus ojos color miel, porque pensó que incluso su amante invisible la había abandonado también. Prácticamente pasó la noche sin dormir, pero al final logró conciliar el sueño apenas unas dos horas, exhausta de tanto llorar.

A las 6:00 am sonó la alarma del despertador, se levantó con esfuerzo y se llevó una gran sorpresa, la tarjeta del hombre extraño que la visitó estaba sobre su mesita de noche, aun cuando ella la había dejado en la cocina. Se preguntó ¿por qué está aquí? Ese día fue terrible. No dejaba de pensar qué podría haber sucedido, no encontraba explicación para entender por qué su amante invisible la había dejado esperando la noche anterior. Pensó, quizá, que se habría molestado por la inesperada aparición del hombre elegante que tocó a su puerta.

Se propuso entonces, preparar todo para que esa noche estuviese dispuesto a aparecer. Arregló su habitación, vistió su cama con un edredón color vino, su favorito, y se vistió con la ropa más linda y sexy que tenía. En la mesita de noche seguía la tarjeta de aquel hombre; por un instante pensó en llamarlo, pero frenó su impulso por el temor de que su amante invisible entonces se molestara y no apareciera. Esa noche prendió una vela aromática y puso un disco de música romántica que a ella le gustaba, sonaba una frase de una canción de Juanes que decía “para tu amor yo solo tengo eternidad”, y se acostó a esperar. Nohelia exclamó: — ¡Tienes que venir!, te extraño, necesito hablar contigo, no puedo vivir sin tu amor, sin escuchar tu voz susurrándome al oído.

Mientras tanto llovía a cántaros y observaba cómo el agua corría por las ventanas y sonaba muy fuerte golpeando el techo. Se asomó por una de las ventanas y un rocío suave y sereno

comenzó a entrar en la habitación invadiéndola de calma, paz y serenidad, entonces apagó una vela que había encendido, suavemente caminó hacia su cama y se cobijó con una sábana. Ya era la hora, cerró los ojos y se dejó llevar por esa sensación de tranquilidad, era algo sobrenatural lo que invadía su habitación. Hubo un silencio profundo, apenas se escuchaba su respiración y de repente sintió finalmente a aquel ser invisible hablándole al oído y acariciando su cabello. Ella se entregó a las caricias y al sonido penetrante de su voz que le susurraba todo lo que ella quería oír. Pero esa noche fue diferente, él le dijo: — Preciosa, quiero que sientas lo que nunca has sentido. Que explotes de placer y te dejes llevar por completo.

Esa noche, Nohelia vestía un babydoll de seda rosa y cubrió sus ojos también con una cinta de seda para evitar que la luz pudiera distraerla. Sin embargo, aún con lo feliz que se sentía no pudo evitar preguntarle a su amante, por qué

no la había visitado la otra noche, a lo que él respondió: —Estaba ocupado en otra habitación—. Ella reaccionó molesta y lo cuestionó diciéndole —¿No soy la única a la que visitas? ¿Necesito saber quién eres y qué quieres de mí? — Él le dijo: — Cállate y déjate llevar que vas a conocer el verdadero placer y alcanzarás a sentir lo que ni siquiera puedes imaginar—. Ella estaba nerviosa y un poco tensa, pero cerró sus ojos y decidió ceder. La música había terminado y de repente comenzó a sonar de nuevo, era su canción favorita y él le dijo: — Escucha la música mi amada y bella princesa, esta será una noche grandiosa, pero mañana cuando despiertes no te acordarás de nada ni de lo que hicimos, ni siquiera de mi voz. Llamarás al extraño de la tarjeta y empezarás una nueva vida; con él encontrarás la felicidad—. Ella desesperada le imploró sollozando: —No me abandones, no me interesa ningún hombre, solo tú, quiero sentirte y tenerte todas las noches.

Su amante invisible la calmó y comenzó a besarla sensualmente en el cuello y ella quedó hipnotizada, en éxtasis. Fue desnudándose poco a poco. Esa noche podía sentirlo físicamente, aun cuando seguía sin verlo. Sentía sus manos acariciando su pelo y recorriendo cada parte de su cuerpo, sentía su cálido aliento y su lengua, estaba extasiada con sus besos apasionados que de su boca pasaron a su cuello, a sus senos y terminaron en su entrepierna, haciéndola delirar de placer. Ella comenzó a moverse y a disfrutar del encuentro, gemía y disfrutaba con cada beso y cada caricia. Un perfume penetrante la embriagaba y sentía que no contralaba su cuerpo, que el deseo era tan profundo que la dominaba por completo. Excitada se entregaba al vaivén de los cuerpos sudados hasta llegar al orgasmo en una explosión de gozo.

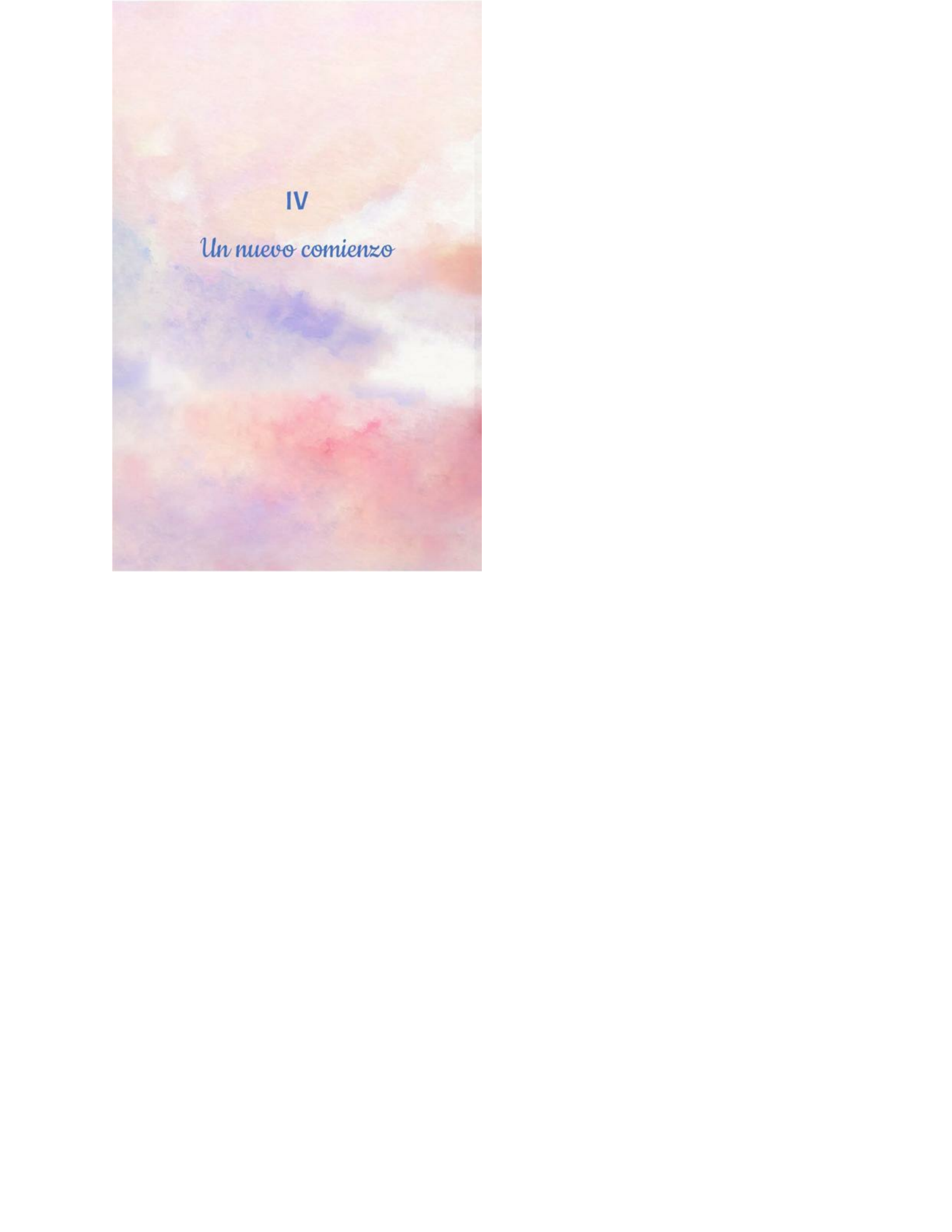
Al terminar la besó con ternura y le dijo:

— Eres la mujer más hermosa que existe, pero no volverás a saber de mí. A partir de mañana

todo cambiará, solo recordarás el haberte sentido amada y haber disfrutado hasta alcanzar el máximo placer.

Nohelia le dijo: — No quiero que las cosas cambien, te quiero en mi vida, quiero verte y volver a tener más noches como estas.

Su amante invisible, volvió a hacerle el amor, hasta que ella, rendida y satisfecha se quedó dormida.



IV

Un nuevo comienzo

Al día siguiente, Nohelia, se sentía completa, era otra mujer. Había ocurrido un cambio cabal en su vida, desde su mirada, hasta su actitud. Proyectaba confianza, alegría y actitud positiva. No recordaba nada de su pasado ni de las visitas nocturnas.

Esa mañana se preparó un café, se puso un traje rosado, peinó su cabello de forma diferente y se arregló como nunca acostumbraba a hacerlo. Al llegar al trabajo todos la miraban, sorprendidos susurraban en los pasillos qué le podría haber pasado a esa misteriosa mujer. Ella saludó a todos y se mantuvo sociable y cordial durante toda la jornada. Al terminar su trabajo, tomó su abrigo y mientras caminaba se despedía y sonreía a todos.

El cambio era increíble, se sentía encantadora y bonita. Al llegar a casa llamó a su hijo, quien también se asombró de percibir que su madre estaba distinta, no lo podía creer y le preguntaba qué le había pasado, qué la hacía sentir tan feliz, le dijo que le parecía extraña su actitud. Nohelia le dijo a su hijo que quería estar más presente en su vida, que deseaba verlo más a menudo y no solo en las fiestas.

Después de hablar con su hijo fue a su habitación y ahí estaba aquella tarjeta que le había entregado el hombre misterioso. Solo tenía ese recuerdo... la tomó en sus manos se sentó en el sofá a la orilla de la chimenea, tomó el teléfono y lo llamó.

Al otro lado del teléfono escuchó la voz del hombre que decía:

— Hola princesa anhelaba oír tu hermosa voz, estaba esperando tu llamada—. Nohelia le confesó que, aunque no sabía por qué, ella sentía que lo conocía desde siempre. Concertaron una cita y quedaron en verse a las

6:00 pm, ese mismo día. Al colgar el teléfono corrió desesperada al closet a buscar un vestido negro que aún no se había estrenado porque no se atrevía a usarlo, era muy bello y tenía un sexy escote en la espalda, le quedaba ceñido al cuerpo y la hacía sentir poderosa. Tenía tanto tiempo sin tener una cita que se sentía muy emocionada, además, estaba renovada y con confianza en sí misma, por eso quería verse hermosa y causar una gran impresión al elegante caballero.

Se puso unos zapatos altos stiletos que la hacían lucir esbelta y elegante, se maquilló sutilmente y peinó su larga cabellera. A las seis en punto tocaron la puerta, ella estaba un poco nerviosa, su corazón palpitaba muy rápido, abrió la puerta y ahí estaba aquel hombre elegante, William Larrizon, quien lucía un traje gris y unos lentes que realzaban su mirada. Nohelia lo miraba absorta de pies a cabeza pensando que era justo lo que siempre había soñado, que era su príncipe azul. Él le

tomó la mano y la besó y le dijo ¿nos vamos princesa?, ella dijo: Sí, claro, con voz temblorosa, pues los nervios la delataban, cuando llegaron al estacionamiento, vio que él manejaba un bellissimo BMW, él la miró y le dijo que era más bella de lo que imaginaba y le abrió la puerta del auto para que entrara. Era todo un caballero.

Él había elegido uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad. Todo el mundo soñaba con ir a este sitio, pero era difícil conseguir una reservación, ya que se trataba de un restaurant con tres estrellas Michelin. Quedó gratamente sorprendida ya que su acompañante había reservado una mesa en la zona más romántica del lugar. Se sentaron y pidieron una botella de un vino exquisito. Comenzaron a conversar entre risas y copas; la estaban pasando de maravilla. Entonces ella se animó a preguntarle nuevamente sobre la carta que había recibido sin remitente y que hablaba de ella.

La pregunta de la carta quedó en el aire y él cambiando el tema le contó que tenía 20 años de haber perdido a su esposa en un accidente fatal en el que murió también su hija. William continuó diciéndole que había pensado que su vida también había acabado con la pérdida de las dos personas más importantes de su vida. Que se había sumergido en un dolor tan profundo que no quería saber nada, ni de su familia ni de nadie.

Él había forjado una gran fortuna con su padre, poseían fábricas y múltiples negocios. Por un tiempo los abandonó, hasta que cayó en cuenta que si seguía así terminaría perdiéndolo todo y acabando con el patrimonio de su familia. De manera que se enfocó en sacar adelante sus negocios. No quería enamorarse de nuevo, dejó de interesarle cualquier tipo de relación romántica. Al fin y al cabo, la que fue su esposa había sido maravillosa e imposible de suplantar, por eso, aun cuando despertaba el

interés de algunas mujeres y recibía invitaciones para salir, él se negaba rotundamente a aceptarlas.

Hasta que llegó el día en el que encontró en su buzón esa carta donde le indicaban que debía conocer a una mujer. La describían exactamente y aparecía su dirección. Por eso se animó a buscarla con insistencia, porque le pareció una llamada del destino, y además sentía que no tenía nada que perder.

Terminaron la cena y la botella de vino y salieron del restaurant; él no quería dejarla ir. La invitó a dar un paseo por el parque, pero ella le insistió en que debía volver a casa porque era tarde y tenía que trabajar al día siguiente. Pero se aseguró de demostrarle que lo había pasado estupendamente y que en otra ocasión aceptaría volver a salir con él. William la llevó hasta su casa y Nohelia le confesó que había sido una velada maravillosa y la mejor cita que había tenido en toda su vida.

Esa noche cayó profundamente dormida. Por la mañana, preparó su café como de costumbre mientras cantaba y bailaba por toda la casa. Estaba dichosa, así pasó día tras día, William la llamaba a diario, tenían citas, paseaban por el parque y se llevaban maravillosamente bien. Ella se lo contaba a su hijo y él muy contento por la felicidad que demostraba su madre la animaba para que se diera la oportunidad de ser feliz. Le decía que el pasado había quedado atrás y que él estaba consciente de que su padre nunca la había tratado bien, e incluso la había engañado con otras mujeres.

Un sábado ella se levantó, tomó su bicicleta y fue al parque que estaba cerca de su casa muy feliz y contenta pensando que si William le proponía matrimonio le diría que sí y regresó a casa a esperar que la llamara; pero el teléfono no sonaba. Pasaron varios días y no sabía nada de él, su mente fue invadida por la preocupación y la angustia. No entendía qué podría haber pasado si todo iba tan bien, todo

había sido perfecto como un sueño, total que pasaban los días y ella seguía sin tener noticias de él. Cansada de llamar y preocupada, estaba convencida de que probablemente algo le habría ocurrido.



V

Incertidumbre

*Cuando llegues a amar, si no has amado,
Sabrás que en este mundo
Es el dolor más grande y más profundo
ser a un tiempo feliz y desgraciado.*
Rubén Darío

Nohelia comenzó a investigar, a preguntar de un lado a otro, por los sitios que habían recorrido juntos si alguien tenía noticias de él, y se dio cuenta de que lo conocía muy poco, es así como presa de la incertidumbre decidió contratar a un detective privado, pero no logró rastrear los números telefónicos de su tarjeta de presentación y resultó que la empresa en la que él trabajaba no existía. Sin embargo, Nohelia estaba convencida de que a William le había sucedido algo malo, fue a buscarlo a los hospitales y supo que había ocurrido un grave accidente, él iba en su auto e impactó contra

las defensas de un viaducto que estaba en construcción, al parecer perdió el control del vehículo y salió disparado por una de las ventanas. Sin embargo, aún estaba con vida y se encontraba en terapia intensiva en un hospital.

Nohelia quedó en estado de shock, no podía creer lo que escuchaba. Sin pensarlo emprendió el viaje hacia el hospital que quedaba como a cuatro horas de la ciudad y al llegar la desesperación por verlo la alteró de tal manera, que entró al lugar gritando y llorando. El personal del hospital trató de calmarla y una enfermera en particular tuvo la delicadeza de hablar calmadamente con ella y preguntarle cuál era el motivo de su desesperación. Ella le dijo que estaba buscando al amor de su vida, al hombre con el que desea pasar el resto de sus días y que su nombre era William Larrizon. La enfermera al principio se notó un tanto confundida, pues los familiares del hombre en ningún momento la habían

mencionado. Finalmente, un doctor que observaba la escena le dijo a la enfermera que la dejara pasar a verlo, que no consideraba que ella pudiese representar un peligro para el paciente, es así como la invitó a que pasara a la habitación número 214 que era donde su amado se encontraba.

El hombre se hallaba tendido en una cama conectado a una serie de complejos aparatos médicos que monitoreaban todos sus signos vitales. Cuando pudo finalmente quedarse a solas con él, le tomó la mano y entre lágrimas le imploraba que no la abandonara. Le decía repetidamente que lo amaba más que a su propia vida y que era todo lo que alguna vez había soñado, hasta que se quedó dormida recostada a la orilla de la cama y sujetando sus manos entre las suyas. La enfermera entró a la habitación y le comunicó que había terminado la visita. Nohelia salió desconsolada y preguntó si podía venir a verlo al día siguiente y así lo hizo. Pidió sus vacaciones en el trabajo

para poder quedarse a su lado, porque en lo único que ella podía pensar es que debía acompañarlo y tenía que estar presente cuando él abriera los ojos y reaccionara.

Como no podía quedarse por las noches en el hospital, alquiló una pequeña habitación a una cuadra para mantenerse lo más cerca posible. Una mañana llegó al hospital y él no se encontraba en su cuarto y, asustada, en estado de pánico, salió gritando: —¿Dónde está? ¿Adónde se lo llevaron? — Una enfermera le respondió que se quedara tranquila. Había sucedido un milagro, por la noche William había despertado preguntando por ella. Nohelia no cabía de la felicidad. La llevaron al cuarto piso, a la habitación donde lo habían mudado, pues ya se encontraba completamente fuera de peligro.

William al verla la abrazó, la besó apasionadamente y le confesó que estaba loco de amor por ella, que cuando estuvo en estado de coma podía escucharla y sentirla, y que de una u otra

forma sus palabras y compañía le dieron la fuerza que necesitaba para poder despertar. Le dijo que no quería seguir perdiendo el tiempo y quería aprovechar su vida con ella siempre a su lado y que quería presentarle a su madre y al resto de su familia. Sorpresivamente, le pidió matrimonio.

Aun cuando él estuviera fuera de peligro todavía le quedaba algún tiempo en el hospital para poder recuperarse por completo de las lesiones que le había dejado el accidente. Nohelia se mantuvo siempre junto a él en todo el proceso de recuperación. No obstante, en todos esos días que tuvieron para hablar y conocerse más a fondo en el hospital, no dejaban de preguntarse cómo fue posible que sus vidas se encontraran. Y es que las condiciones y acontecimientos que los rodearon fueron desde el inicio muy extraños y su romance era tan perfecto que parecía irreal, era como un delirio.

En algo coincidieron y es que ambos habían tenido grandes pérdidas que habían dejado a su vez grandes vacíos y heridas emocionales, estaban cada uno por su lado deseando encontrar el amor, pero ninguno se sentía preparado para ello.

VI

*El encuentro fortuito
con la verdad*

*Buscarás sin remedio el comienzo de todo,
el extremo de la cuerda floja
que te dé seguridad e impida caer.*
Eugenia Brazón

Una mañana, después de dejar a William profundamente dormido, Nohelia decidió ir a casa para descansar un rato y desconectarse del ambiente de hospital y de los típicos olores de esos lugares. Sin embargo, mientras buscaba la salida del nosocomio, sentía cómo el alma le iba volviendo poco a poco al cuerpo; después de haber sufrido tanto, pues pensaba que su amado no recuperaría la salud, además, sentía que su próximo matrimonio con William era una compensación por todos los sufrimientos vividos en su niñez y con el padre de su hijo, sin contar los años de soledad que padeció. Estaba absorta en esos pensamientos

cuando se perdió entre los pasillos de ese enorme hospital, pero de pronto, algo llamó poderosamente su atención, miró hacia el costado derecho y vio la puerta de un recinto algo lúgubre. Había caminado sin darse cuenta hasta un área restringida, que solo le permitía el paso al personal autorizado.

—¡Oh! Creo que me perdí —dijo, mientras buscaba el punto de enfermería más cercano, sin encontrarlo, por eso decidió regresar a la habitación de William, pero tampoco dio con ella.

— No es posible, debe ser el cansancio y las noches sin dormir — se decía para tranquilizarse un poco—.

Continuaba recorriendo pasillos como si estuviera caminando en círculo, o en un laberinto interminable que la alejaba del tiempo y del espacio que para ella era real, transportándola a otro mundo. Cuando estaba a punto de darse por vencida, escuchó la voz de

una mujer que la increpó duramente y le preguntó:

— ¿Qué hace en esta zona? No se da cuenta que está prohibido andar como si nada por este sitio sin la autorización del director ¿Es que no sabe leer? y le señaló con el dedo un cartel donde aparecía en letras grandes: “Las visitas están prohibidas”.

Nohelia algo confundida y con dolor de cabeza respondió tartamudeando:

— Discúlpeme, no era mi intención molestar a nadie, me perdí cuando buscaba la salida. Debe ser que me desorienté y entré por descuido; tengo migraña, ya que sufro de un terrible insomnio desde niña, además he estado cuidando a un paciente que acaba de salir de un delicado estado de coma y estoy muy cansada.

La enfermera la interrumpió sin la más mínima cortesía, la miró con detenimiento y le pidió que la acompañara.

A partir de ese momento todo cambió, pues, cuando iban avanzando, Nohelia empezó a sentirse muy mareada.

—¿Qué me está pasando? —Repetía varias veces, antes de entrar a un recinto que tenía un cartel en el dintel de la puerta donde estaba escrito: “Zona de los Pacientes Olvidados”.

La enfermera caminaba como si todo estuviera en orden y le pidió al encargado del piso que ubicara a Nohelia en la habitación de siempre. La número 19 con vista al jardín.

— No, no, aquí hay una confusión —dijo Nohelia, mientras la llevaban del brazo como si fuera una niña perdida. Hasta que entraron a un cuarto iluminado y sencillo, muy característico de esos lugares alejados del mundanal ruido y la contaminación urbana.

El mobiliario de la habitación constaba de una mesa blanca en la que había un vaso de agua y varias pastillas, además de una cama impecable. Sin oponer resistencia se tomó los

medicamentos, se descalzó y decidió seguirles el juego, hasta que cayó sumida en un profundo sueño. Durmió como no lo había hecho nunca, incluso, perdió la noción del tiempo, y al despertar revisó con detenimiento la habitación, no tenía idea de cuántas horas habían pasado, pero seguramente eran muchas, porque mantenía todavía la sensación de estar dormida. Se estrujó los ojos varias veces, hasta que por fin recobró la postura, y la visión del espacio le indicó inmediatamente que aún estaba en aquel recinto hospitalario de los “pacientes olvidados”.

—No es posible, no es real, seguro que estoy todavía bajo el efecto de algún medicamento que me recetaron por equivocación. Sí, eso es, me confundieron con otra paciente, -pensaba, tratando de mantenerse calmada. Ahora mismo me visto y busco a la enfermera para explicarle todo y se arregla este asunto.

Al revisar el armario para seleccionar la ropa, se dio cuenta de que lo único que tenía a su

disposición eran batas de hospital, esas batas azules que dejan muy poco a la imaginación, prácticamente estaba desnuda y no podía salir así. Miró todo con asombro nuevamente, pero sin perder la calma, desprendió la sábana blanquísima de la cama y se la puso como una túnica. El reflejo de la ventana le devolvía la imagen de una deidad griega, cosa que le causó mucha gracia. Se miró otra vez y comprobó que era ella.

Nohelia, la mujer solitaria de siempre, la madre que había sido despojada de su hijo, la que trabaja interminables jornadas para evadir su realidad y hacer algo con su insomnio. La que no habla con nadie. La misteriosa mujer que escucha voces de madrugada, y así sucesivamente fue recordando cada uno sus más recónditos miedos y fracasos.

—¡No puede ser, esto es real! —Súbitamente empezó a recordar. Estoy recluida en este lugar por sugerencia de mi nuera. Sí, ella convenció a mi hijo para que me internara, y

me dejaron olvidada aquí. Pero ¿cuándo sucedió eso, cuánto tiempo llevo aquí?

—No puede ser, no puede ser— repetía la pobre, llorando desconsoladamente. Además, se preguntaba ¿Quién William?, trataba de recordarlo y veía cómo se iba desvaneciendo su imagen, sus recuerdos de paseos interminables por el parque, junto con las noches de pasión y éxtasis que tantas veces la hicieron estallar de placer.

Cuando logró serenarse, les preguntó a todos los enfermeros y demás empleados del hospital por él, pero nadie había escuchado jamás sobre William Larrizon. Le decían que ningún paciente coincidía con esa descripción, que ella tenía mucho tiempo recluida allí y que lo más probable era que todo había sido un delirio, o un sueño muy vívido.

— Qué tristeza me dejaron en este hospital porque les estorbo, porque creen que estoy loca, porque hablo sola, porque dejé al padre de mi hijo por violento, porque me trataba

peor que a un trapeador viejo. Por eso me aislaron, porque quise hacer valer mis derechos y ser tratada con respeto y amor. Estoy condenada a la soledad por no ser sumisa y por lealtad a mí misma —. Reflexionó, y las lágrimas rodaron a cántaros sobre sus mejillas sonrojadas de tanto llorar.

Sin embargo, trataba de recordar otros eventos de su vida reciente, pero nada, no podía recuperar ningún otro recuerdo. Era como si se hubieran borrado de su memoria algunos acontecimientos importantes de los últimos diez años o más.

Estaba en esas meditaciones, cuando entró la enfermera a pasar la revista matutina y la encontró con la sábana enrollada al cuerpo. Cosa que anotó en el diario de incidencias y salió.

Nohelia trató de leer el nombre de la mujer, estampado en el gafete del uniforme, pero se dio cuenta de que casi no podía descifrarlo, veía muy borroso y seguía sintiéndose

mareada. Apenas pudo distinguir unas letras de las cuales dedujo que se llamaba: Tristana, pero no lo podría asegurar muy bien, pues lo que estaba sucediendo a su alrededor surgía como con destellos de luz que iban y venían, difuminando los contornos de las cosas y volviendo todo cada vez más difuso.

Su mundo interior era muy complejo y rico, aunque la imagen que le proyectaba a la gente era la de una cuarentona sin aspiraciones, sin embargo, era una mujer que tenía la capacidad de trascender la apariencia de las cosas, superar los convencionalismos y proyectar un romance perfecto, casi idílico.

Todos los objetos que poseemos hablan de nosotros, de nuestra personalidad, de lo que somos. Así que miró con detenimiento lo que había en la habitación a ver si encontraba algún vestigio o una pista sobre su vida durante estos últimos años, pero no encontró nada personal, únicamente una novela de Isabel Allende. Caminó hacia la ventana y

divisó un gran jardín externo, con grandes árboles y sillitas especiales para tomar el sol, inmediatamente lo relacionó con el parque que recorría de la mano con William, ese hombre al que nadie había visto en ese hospital. De pronto, sintió la necesidad de salir a respirar aire puro, así que tocó el intercomunicador de las enfermeras para solicitar el permiso e ir un rato afuera, pero sorprendentemente nadie respondió, además, la puerta no tenía seguro y la abrió fácilmente.

— No estoy cautiva ni secuestrada. ¡Gracias a Dios! - Dijo en voz alta -.

Una vez que pudo llegar al jardín, divisó a un hombre ensimismado y delgado que miraba el suelo, lo que más le llamó la atención era que estaba cubierto por una luz brillante. La curiosidad la carcomía por dentro y se acercó hasta el sitio donde se encontraba ese extraño personaje. Ella buscó la manera de hacer contacto visual y conocerlo, pero este esquivó la mirada bruscamente. Así que Nohelia,

desconcertada, se dispuso a alejarse de él, cuando de repente escuchó esa voz. Atónita se volteó y casi cayó de bruces en el mullido césped, pues reconoció inmediatamente el inconfundible tono de voz de su amante invisible, al que ella tanto había deseado ver y tocar.

VII

Amantes de otros

tiempos

*Y el universo, como siempre, a favor de los
enamorados, eternamente, mente eterna.*
Eugenia Brazón.

Vuelve a comenzar la historia entre dos amantes inmortales, que descubren en los sueños y el silencio, ese beso escurridizo.

— Me llamo Nohelia— dijo, y extendió la mano temblando.

—Ya lo sé— respondió el enigmático caballero. —¿No te acuerdas de mí? Soy Felipe Montenegro, director general del hospital psiquiátrico— Y luego de estrecharle la mano con fuerza se alejó sin mayores explicaciones.

Sin embargo, encontraron la excusa perfecta para verse y seguir hablando al día siguiente. La tarde estaba cubierta de una neblina espesa,

pero ellos sabían intuirse a cada momento. El pulso, los latidos del corazón le indicaban el camino a la amante, y sus pasos iban siempre directos hacia el encuentro con el amado.

Es sencillo, solo basta con cerrar los ojos del cuerpo y abrir los del alma, ese tercer ojo que en los amantes está más que despierto y alerta.

Felipe le preguntó: —¿Qué tipo de música te gusta?

—¿Sabes bailar?— Nohelia también lo tuteó con confianza, como si se conocieran de toda la vida. Sería maravilloso que marcaras el ritmo de mis pasos, porque algunas veces parece que no tienen ninguno, pues mi oído es tan terco que apenas escucha lo que le interesa, y tú me importas mucho.

Él le dijo: —Puede ser que sí o...

—Entonces, ¿intentamos bailar un rato?— Preguntó ella.

—Pero es que la verdad no sé bailar —respondió Felipe un poco distraído, tuteándola

nuevamente. —Te pregunté sobre el tipo de música que te gusta solo para iniciar una conversación. La naturaleza me empuja a hacerlo, es como electricidad que fluye por todo mi cuerpo, no se ve, pero una corriente se libera cuando te veo, despierta mis sentidos y todo se convierte en energía. ¿Sabes? Hace mucho tiempo descubrieron que nada es tan compacto como se pensaba y que la materia es divisible, aunque nosotros, ilusos, creemos que las rocas son fuertes e indestructibles como dicen que es el amor. Además, un día aprendimos que Amor se escribe con “a” de átomo, es decir, que esa palabra está más cerca del grano de arena que del muro, y puede llegar a ser un todo y, al mismo tiempo, una parte insignificante, que, sin embargo, es la más indispensable de la vida—

— Ok, lo que dices es muy interesante— lo interrumpió Nohelia. — Pero ¿qué hay de mi propuesta? —

De pronto, él sin pensarlo le dijo: —Nada, te quiero y es suficiente para mí—

Y ella sonrojada solo pudo replicar: —Estoy hablando de ir a bailar. ¿Prefieres un bolero, salsa o merengue? —

— Me da igual, decídelo tú. A mí lo que me llama la atención es el movimiento, el contacto de los cuerpos, la música, el sonido — explicó Felipe y soltó un suspiro.

Nohelia sacó su celular y seleccionó de su playlist “Cama y mesa” de Fernandito Villalona.

—¡Genial! Me encanta esa canción, tiene una letra maravillosa, yo creo eso de que “Todo hombre que sabe querer, sabe dar y pedir a la vez, lo mejor y hacer del amor lo que come que bebe que da que recibe” —Felipe tarareó el estribillo, tratando de llevar el ritmo con las manos. — Sí, bailemos, y algún día seré un gran bailarín profesional. Incluso, te prometo que en ese instante ya mi corazón habrá

aprendido a bailar al son que tú le toques. Pues una noche de buen baile es el mejor bálsamo para el músculo cardíaco, nunca lo olvides—concluyó.



VIII

*Mirando por la
ventana*

Escribe una esquela a la muerte y manda flores a su funeral.
Eugenia Brazón.

Nohelia seguía buscando las piezas para entender y completar el rompecabezas de su existencia. Concatenando los extraños sucesos que han rodeado su pasado reciente, y, de esta forma, organizar los acontecimientos que desde siempre la han atormentando. ¿Será que realmente estuvo casada? ¿Será que fue capaz de tener un amante? Le venían a su cabeza dos hombres, su amante invisible, de quien conocía muy bien sus besos y caricias, pero no su rostro; y William Larrizon, con quien tuvo un hermoso y perfecto romance, pero que, al parecer, solo ella había visto.

Muchas personas se interesan por predecir el futuro, sin embargo, a Nohelia lo que le

interesaba era saber quién fue y qué pasó en su pasado inmediato. Pues, en ese momento, su vida no tenía mucho sentido.

Sentía mucho frío y estaba triste, como las gotas de lluvia invernal que se escurrían por el cristal de la inmensa ventana de la habitación, en el sector de los “pacientes olvidados”. Trató de cerrarla, pero, pese al esfuerzo que hizo, no lo logró, porque el aguacero era tan fuerte que igual se metían por cualquier rendija, esas gotas caprichosas.

Mientras tanto, recordaba y reflexionaba que el día anterior cuando ella le preguntó a Felipe sobre William, él la miró con cierta perspicacia y duda.

—Será que está sospechando algo— caviló en voz baja. —Puedo intuirlo, creo que sospecha que tuve un romance con él y eso que traté de ocultárselo. ¿Se me notará tanto? No creo, mi semblante sigue con la misma tonalidad y mis mejillas están demacradas como siempre. ¿Por qué me importa tanto lo que piensa Felipe?

¿Será que lo quiero? Creo que estoy muy flaca, me gustaría que él me viera bonita. Recuerdo esa cena a la que fui con William y en la que me vestí como una reina. Todavía lo extraño. ¿Será que mi mente pudo crearlo? No me conformo con la idea de que todo fue producto de mi fantasía, de mi imaginación, durante el tratamiento hipnótico. ¿Será que mi mente también creó a mi amante invisible? ¿Será que estoy loca? No lo sé, lo que sí sé es que me gustaría mucho salir de este lugar y enamorarme de verdad. ¿Será que Felipe puede darme el amor que quiero? ¿Será que lo puedo amar incondicionalmente? —

Pensaba en todo esto, cuando intentó nuevamente cerrar la ventana y un viento gélido le congeló el corazón.



IX

El diario de Xohelia

Nohelia siguió reflexionando sobre su vida y su niñez. Recordó que era una niña muy fantasiosa, que le encantaba imaginar que era una princesa que viajaba alrededor del mundo sobre un gato con enormes alas y recorrían juntos hermosos lugares. En la escuela no tuvo mucha suerte con las amistades, casi no la invitaban a jugar, y a veces, cuando jugaban a las muñecas, sus compañeras la hacían sentir muy mal porque le decían que sus muñecas eran feas, pues eran de trapo y cartón, ya que sus padres no podían comprarles los juguetes de moda, por eso prefería estar sola. En su casa materna se respiraba un ambiente hostil, eran muchos hermanos, la pobreza acechaba constantemente y sus padres vivían amargados.

—Siempre tuve ganas de estar apartada del mundo, nunca encajé con el resto de las

personas, me caractericé por ser una chica tímida y solitaria, cada vez más alejada de la gente que me rodeaba, pero ahora me siento tan sola y abandonada— Recordó la desvalida Nohelia y no pudo contener las lágrimas.

— En realidad, la vida no ha sido lo suficientemente amistosa conmigo— seguía llorando y reflexionando. — Es como si nunca me sonriera. Aprendí a los golpes a sobrevivir sola, luego de que el padre de mi hijo ganara la custodia en el divorcio, me refugié en el trabajo, pero el insomnio se convirtió en un demonio para mí y comenzó a enfermarme. Los únicos momentos de felicidad que recuerdo son los encuentros con mi amante invisible y mi romance con William Larrizon, mis delirios de amor—

—Sin embargo— Continuó pensando, — No debo ser tan malagradecida con la vida, he conocido a personas maravillosas y he podido refugiarme en mi fe en Dios; también he conocido el amor de madre, gracias a mi hijo.

Además, debo agradecer la compañía de Felipe, quien ha sido un hombre maravilloso conmigo—

Después de todas esas reflexiones, Nohelia tuvo el impulso de escribir, así que se armó de libreta y bolígrafo, se puso sus gafas y empezó un diario, pensado en todo lo que quería decirle a Felipe. Comenzó las primeras líneas escribiendo lo siguiente:

Los espíritus refinados y sensibles están condenados a la extinción, no solo de su familia, sino de toda la faz de la tierra. El camino que les queda es el de la supervivencia, tienen que luchar muy duro para ganarse un lugarcito en el mundo, y mucho más aún para amarse a sí mismos. Son, como diría un poeta desconocido, “una porción de terreno inexplorado, en medio de la llanura infinita que es el universo”.

Para evitar las heridas que les laceran el alma, no le hacen mucho caso a los arranques hostiles que les demuestran en sus hogares, porque hacerlo denotaría debilitamiento y la instintiva repetición de patrones nocivos. Por eso, creo que no se puede vivir eternamente en una constante negación, ya que se terminaría anulando cualquier intento de cambio y evolución que pudieran presentarse de un momento a

otro. Así que no hay ninguna necesidad de salir corriendo, todo cae por su propio peso.

— Bueno, creo que ya es suficiente por hoy —
Susurró.

Pero antes de dar por terminada su labor, apuntó la fecha al final del texto, se quitó las gafas y cerró el cuaderno, dejándolo descansar en la mesita de noche. Durmió plácidamente esa noche.

Al despertar, encontró en la habitación al Dr. Felipe con cara de pocos amigos, quien mirándola a los ojos le dijo sin rodeos:

— Cuéntame algo, ¿te ibas a casar con otro? —

— Por favor déjame explicarte— Reaccionó Nohelia. —Confieso que estoy muy confundida, pues no recuerdo lo que he vivido en los últimos días, meses, es más no sé si son años. Estaba convencida de que tuve un romance con un hombre llamado William Larrizon, y en mi mente todo era maravilloso, demasiado bueno para ser verdad. Así fue mi

relación con él: idílica, onírica, perfecta. Sin embargo, cuando regresé de la hipnosis, descubrí con tristeza que él no era real. No puedo negar que sí lamenté mucho saber que mi historia con William no pasó, me hubiera encantado que él existiera para abrazarlo y darle las gracias por el simple hecho de haberme hecho sentir muy amada y, lo más importante, por curar mis heridas del pasado. No sientas celos Felipe, pues era con él con quien supuestamente iba a casarme—.

Felipe la escuchó con atención y le dijo sonriendo: —Discúlpame por el reclamo, soy un tonto, un celoso sin causa—.

— No te preocupes, es lindo saber que te importo. Quiero confesarte algo, estoy escribiendo un diario para entender mejor todo lo que me ha pasado y pienso dártelo algún día. Quiero echar raíces contigo y que sembremos juntos un rosal hermoso, sin temor a las espinas que a veces nos harán daño, porque sé que mutuamente sanaremos

nuestras heridas. Soy un libro abierto para ti,
créeme— Finalizó Nohelia.

El doctor se quitó la coraza de hombre herido,
extendió los brazos y abrazó a su amada como
no lo había hecho antes. De pronto, Nohelia
vio de nuevo el hermoso resplandor y recordó
que él siempre ha sido y será su amante
invisible, más real que nunca, como ella
siempre lo había anhelado.



X

*Por siempre mi amante
invisible*

Más busca en tu espejo al otro, al otro que va contigo.
Antonio Machado.

Nohelia siguió su diario con mucho entusiasmo y súbitamente rescató algo recóndito del pasado, así que comenzó la nueva página, escribiendo lo siguiente:

Hace mucho tiempo, cuando tenía 25 años, conocí a un joven que estudiaba para ser abogado, era rubio y de ojos azules, nada atlético, pero de trato agradable y refinado. Yo estaba de visita en casa de una compañera de trabajo, conversábamos de todo un poco cuando de pronto me dijo que su amigo de piso, el chico de ojos azules quería hablar conmigo y conocerme. Accedí inmediatamente por supuesto.

El joven de ojos azules comenzó su charla diciendo que tenía un mensaje para mí, que él me había visualizado en el futuro como una anciana en Nueva York, sola, porque mi esposo, un prominente médico de esa ciudad, había fallecido antes que yo. Cuando me dijo eso, pensé que ese joven estaba un poco loco o, tal vez, había probado una de esas sustancias que consumían los hippies, esos psicodélicos melencólicos que se reunían en las calles de la Gran Manzana, sumergidos en sus consignas pacifistas y burbujas narcóticas que les abrían las "puertas de la percepción", o por lo

menos eso era lo que se pensaba anteriormente de los "paraísos artificiales", que no tenían efectos colaterales para el cuerpo ni causaban estragos a la salud.

A mí todo lo que me decía ese joven me parecía una fantasía, mis afinidades espirituales me llevaban por otro camino y no era precisamente el de la clarividencia, ni las premoniciones del futuro. Sin embargo, él trataba de convencerme de sus historias y estudios metafísicos y continuó su discurso diciéndome que iba a reconocer al ser indicado, a la media naranja que estaba hecha a la perfección para mí, por medio de una luz diáfana que resplandecería por todo su cuerpo y eclipsaría todo a su alrededor, dejándome como suspendida en otra dimensión.

Más nunca supe de él, a estas alturas el inesperado "vidente" ya debe ser un experto leguleyo o quién sabe qué sería de su vida; pero a lo largo de la mía, yo iba de fracaso en fracaso amoroso, ya no quería saber nada de las relaciones de pareja. Hasta el punto de que me aislé totalmente, sin embargo, mi necesidad de amor, producto de la soledad, provocaron el encuentro fortuito con este amante invisible/visible, es decir, mi doctor Felipe, que me estaba esperando desde siempre y se me iluminó de pies a cabeza. Algo que no se puede explicar con palabras porque es imposible. Además, la mayoría de las personas piensa que eso es una locura.

Pasaron los años y aquí me encuentro escribiendo esto, en la sección de los "Pacientes Olvidados", convencida de la magia del amor y sus misterios, del sentimiento que surgió en mis sueños hacia William, el hombre perfecto y soñado, que resultó ser una fantasía onírica cuando terapéuticamente me indujeron la cura de sueño, para que superara la depresión en la que me sumí, luego de que mi hijo se casara con la mujer que buscó por todos medios apartarme de él, porque creyó

ver en mí una enemiga y no soportaba compartir el amor ni el tiempo del único soporte emocional que yo tenía en esos momentos. Evidentemente, mi mundo cayó estrepitosamente y colapsé.

Volver a abrir los ojos y tratar de dilucidar qué es real y qué no, me han hecho desconfiada, la fragilidad de mis pensamientos me confunde, solo la fuerza espiritual que me acompaña me ayuda a mantenerme en pie, y al reencontrarme nuevamente con mi tragedia he podido hallar esa brújula llamada amor, que me orienta en los momentos de duda.

Mi amante invisible/visible, el hombre misterioso sentado en el parque es nada menos y nada más que el especialista número en materia de hipnosis y terapias del sueño, y es el que dirige mis tratamientos desde hace más de cinco años. Gracias a mi nuera, que decidió encerrarme en este lugar, pude encontrarlo, es por eso que ya la perdóné y ahora estoy de nuevo en contacto con mi hijo, quien, como médico también, se lleva de lo mejor con Felipe.

El resplandor angelical que irradiaba su figura, tal y como me lo había indicado el “chico de ojos azules”, hizo que me acercara a Felipe ese día en el jardín. Claro, él no me miró, pero su voz era inconfundible, y la luz diáfana que desprendió todo su cuerpo me atrajo del mismo modo como las mariposas se pegan a las bombillas eléctricas, revoloteando incesantemente alrededor de ellas hasta quedar atrapadas por su resplandor, a pesar de su corta su existencia.

Entre el sueño y la vigilia pasé la mayor parte de mis últimos años, pero el rompecabezas se completó, aquí estoy al lado del hombre que es mi complemento, el médico/amante que desde siempre me ha hablado, amado y he sentido tan profundamente, mi alma

gemela quien me hizo regresar a la vida. No puedo pedir más.

Ahora, soy feliz, pues entendí que todas las cosas tienen una razón de ser, y más todavía las que se refieren al corazón. Mi hijo entendió que había cometido un gran error al dejarse convencer por su esposa y llevarme a ese hospital psiquiátrico, luego de eso tuvo una difícil crisis matrimonial, por ese motivo estuvo yendo a terapia, y después de cierto tiempo pudo salvar su matrimonio. Yo también perdoné a mi nuera por su egoísmo e inseguridad, además, quién soy yo para juzgarla.

Pasaron muchos años, y actualmente Nohelia vive en Nueva York, tiene 85 años, es viuda del prestigioso doctor que dirigió por muchos años el hospital psiquiátrico más importante de la ciudad. Y, al transitar por esas convulsionadas calles, todavía pelea de vez en cuando con ciertos jóvenes que se le atraviesan por el camino con sus largas cabelleras y ojos vidriosos, e interrumpen su paso. Ella es una mujer empoderada que enfrentó grandes batallas y de todas salió victoriosa, porque comprendió a tiempo que no hay nada más importante en este mundo que vivir o morir por amor.

Ayer Nohelia, cansada, escribió la última página de su diario y de pronto vio encima de su mesita de noche una nota que decía: "Sé que te volveré a encontrar, amada mía". Tu amante invisible. Nueva York, 17 de enero de 2024.



Janette Vanegas, es una escritora nicaragüense que emigró a Estados Unidos en la década de los noventa, es considerada como una voz femenina, sutil e íntima que se está haciendo sentir en el campo de la

literatura hispanoparlante y anglosajona con sus tres libros publicados, intitulados: *Sobreviví bajo la sombra del Altísimo* (2021), *La valiente princesa Jane* (2022) y *Consejos para amar la vida* (2022).

En *Delirios de amor*, su más reciente creación, Vanegas incursiona en el relato novelado ficcional, que, sin embargo, puede tener profundas conexiones con situaciones reales y reflejar las desdichas y peripecias de la mujer latinoamericana o de cualquier parte del mundo, pues, en esta narración la autora no toma sus vivencias personales como referencias directas para escribir.

Este relato se enfoca en Nohelia, una mujer solitaria y retraída que experimenta sucesos traumáticos a lo largo de su existencia. De allí que la necesidad de encontrar el amor incondicional en una pareja se convierta en una idea fija y en un sueño por realizar que la lleva a delirar y a experimentar sensuales encuentros románticos que Janette Vanegas narra con sutileza.